

ENTREVISTA CON ZAMORA VICENTE *

A. Zamora Vicente se presentó en Cáceres una radiante mañana de finales de junio para presidir la lectura de una tesis doctoral. Con sus casi 70 años, le vi descender del coche con la alegría de un adolescente que, entre ilusionado y tímido por la proximidad del magnetofón, me preguntó: «¿Eres tú quien me va a hacer la entrevista?». Respondí afirmativamente y mi pánico de estudiante frente a un maestro tan prestigioso se atenuó, al vislumbrar en sus ojos una mirada burlona, pero tranquilizadora, y desapareció por completo al escuchar su conversación franca, clarividente e íntima en ocasiones («Estoy cansado, ¿sabes?»).

Zamora Vicente mantiene una juventud añeja, con la solera que le ha ido proporcionando el trabajo ininterrumpido de docente, crítico, dialectólogo y literato; facetas diversas tratadas con la misma intensidad y perspicacia por el entrevistado.

Su labor como docente se ha efectuado en universidades alemanas, francesas, escandinavas, norteamericanas y españolas. El reconocimiento ha llegado a través de nombramientos de miembro honorífico en asociaciones culturales de Norteamérica, Portugal o Dinamarca; tampoco hay que olvidar su condición de Secretario Perpetuo de la Real Academia Española. Su contacto con América Latina también ha sido fecundo, como director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y del «Colegio de Méjico», en la sección de Filología; es en suelo argentino donde inicia sus artículos de periódico.

Mencionemos ahora, con brevedad, las demás actividades cultivadas por Zamora Vicente, para justificar (quizá sea mejor decir para recordar) esa

* Esta entrevista fue solicitada por la redacción de la revista *Alcántara* por medio de Olimpia Rubio Hernández.

El profesor Zamora Vicente la concedió inmedata y amablemente, gesto que la revista agradece muy sinceramente.

solera a la que aludíamos en líneas anteriores. Como crítico referiremos sólo libros como *De Garcilaso a Valle-Inclán*, *Presencia de los clásicos*, *Las sonatas de Valle-Inclán*, *Voz de la letra*, *Camilo José Cela*, *lengua, literatura, intimidad*, *La realidad esperpéntica* (*Asedio a Luces de Bohemia*).

Resultaría prolijo (por ser excesivamente conocido de todos) exponer las diversas monografías que Zamora Vicente ha realizado como dialectólogo. Por ello aludiré sólo a *El habla de Mérida y sus cercanías* y a su *Dialectología española*, libro afanosamente manoseado por todos los estudiantes que tratan de iniciarse en esta disciplina. Además, hay que señalar el interés de Zamora Vicente por la lengua y sus conocimientos geográficos y sociológicos de las diversas hablas del español, porque estos se reflejan intensamente en su obra literaria.

Su obra de creación se basa sobre todo en relatos cortos: *Primeras hojas*, *Smith y Ramírez*, *A traque barraque*, *Desorganización*, *El mundo puede ser nuestro*, *Sin levantar cabeza*, *Tute de difuntos* y *Estampas de la calle*. A esta lista hay que añadir dos relatos extensos: *Un balcón a la plaza* y *Mesa, sobremesa*. Su última publicación es *Suplemento literario*, una colección de artículos periodísticos aparecidos entre 1951 y 1969 en «La Nación» de Buenos Aires. La mayoría de estos artículos están reconstruidos sobre un acontecimiento cotidiano de la vida del autor y reconstruidos literariamente con una expresión rayana en lo poético; y de esa base real surge la ambientación costumbrista que se respira en esta colección.

Creo que no es necesario continuar con la lista de trabajos realizados por Zamora Vicente. Además, sus palabras, insistentemente susurrándose al oído, desean ya ser conocidas; liberémoslas del magnetofón para que puedan ser escuchadas por todos.

P.:—¿Cómo ve la situación actual de la Dialectología?

R.:—Eso es lo que más porvenir tiene. No la que hemos ido haciendo, pensando que el día antes de llegar nosotros se habían marchado las legiones romanas y vamos a ver qué había quedado allí. Ahora hay que hacerlo de una manera totalmente distinta; y un habla distinta de la norma responde siempre a unas cuestiones socioculturales y hay que ir estudiándola y encauzándola por ahí.

¡Tú figúrate cuando yo estudié el habla del pueblo extremeño! Era un pueblo que vivía dentro de su propio caldo. Mérida era una ciudad pequeña, recogida, donde todo el mundo tenía unas horas concretas para vivir, para dormir y yo creo que hasta para morir. Allí parecía que no tuvieran vida movida más que las cigüeñas y el río cuando se enfadaba. Ahora el río ya

no puede enfadarse, ya está regulado y las cigüeñas yo creo que ya han ido a la Universidad.

La ciudad es mucho más grande. Ha habido unos cambios de población enormes. Con el Plan Guadiana han venido gentes de muchísimos sitios, ha habido una colonización de los campos. Y todo eso se nota en el habla.

Además de eso añade el asedio implacable de la televisión y de la radio, porque ahora todo el mundo anda con una radio colgada al cuello. Todavía en aquellos años era rarillo. Las gentes tenían radio, pero había mucha gente que no la tenía; era un escalón económico tener radio.

De forma que hay que plantearse toda la Dialectología de una forma distinta. Hacer una cosa de niveles de edades, de cultura, para intentar llegar a un rendimiento y ver eso que veíamos antes como el fondo arcaizante, arqueológico casi, el último substrato de una escala. Bueno, ahora en cualquier pueblecito de estos hay un «pub», y en la discoteca hay una chica que canta en inglés, o algo parecido al inglés. Figúrate si tiene porvenir la Dialectología.

Y esto es bueno. Lo bueno de nuestros trabajos es que envejezcan rápidamente. Eso significa que la colectividad marcha.

P.:—Se ha dicho que los medios de comunicación influyen, para mal, en el habla ¿Qué solución puede aportar la Academia para fomentar el buen uso de la lengua?

R.:—La Academia ha intentado hacer muchísimas cosas, pero a la Academia no le hace caso nadie. Es la Institución más deseada en el mundo intelectual y la más atacada. Es muy gracioso. Pero además, de siempre. Ahora estoy repasando una revista de los años 14 al veintitantos, ¡huy, qué cosas dicen contra la Academia tan gordas! Qué insultos feroces, firmados por personas que hoy son académicos ilustres o lo han sido hasta hace muy poco que se han muerto. Y no se han muerto por ser académicos, ¡por viejos!

La Academia puede hacer su papel de recoger el habla tal como está, de aconsejar, de hacer ver que «detentar» un cargo es una injuria al idioma y al que lo detenta. «Porque ahora fulano el ministro que detenta el cargo desde tal año»: están insultando. Detentar quiere decir tener algo en contra de toda ley, usurpar algo; y el ministro que ha salido por votación unánime no usurpa nada.

Tú impartes clases o te las imparten. ¡Pues eso es una majadería! No se impartían más que bendiciones y los profesores de ahora tenemos muy poco de obispos.

De forma que todo eso son ligerezas que se deben precisamente a la lengua de los medios de comunicación, que creen que así, hablando así, son más finolis, más «distinguidos», ¿verdad? Y no. Lo que hacen es demostrar una ligereza, una ignorancia y poco respeto con el idioma. Y si no se respeta el idioma que es el gran instrumento de nuestra comunicación, pues fíjate cómo se van a respetar las demás cosas que hace falta tener respetadas para que la convivencia funcione.

Yo estuve un poco de tiempo en la Academia, en una Comisión que se llamaba de Vigilancia de la Publicidad en Televisión. Eran mucho más puristas que yo muchas de las gentes que había por allí. Pero claro, aplicar el «Miranda Podadera» a una lengua en ebullición, pues eso es absolutamente estúpido.

En cambio sí se pueden hacer cosas que protejan el *status* general de la lengua. Por ejemplo, acentuar las mayúsculas ¿Pero de dónde ha salido esa majadería de que no se acenúan? Tú vas por ahí a un pueblo y pone Córdoba. Y eso en Córdoba que la gente sabe que es Córdoba; pero ¿y en pueblos pequeños donde la gente no sabe cómo son? Entre Madrid y Toledo hay un pueblo que se llama Magán, y nunca ponen el acento en la «a», de manera que van a Magan. Y como la gente no sabe que es Magán, no ha oído nunca el nombre de ese pueblo, pues dicen Magan. Yo ya lo he oído por televisión.

En televisión he oído yo a un señor con mucha campanilla y mucho cuello, muy elegante, vestido en Oxford Street, decir «reación». Y esto lo repitió y dijo «reación».

Eso es muy grave; eso revela una especie de desdén por una colectividad que en absoluto es desdenable. España no es un país de tontos ¡ni muchísimo menos!; lo que pasa es que todos los que tenemos, en vez de tenerlos guardaditos, lo enseñamos mucho.

La Academia puede hacer muy poco. Nos volvemos locos haciendo declaraciones, publicando las voces nuevas.

Luego, en la enseñanza hay un caos tremendo. Incluso desde básica enseñan teorías lingüísticas en vez de enseñar a hablar y escribir la lengua. Yo recibo montones de cartas de niños que quizá alumbrados por sus papás o simplemente por como ellos hablan, protestan contra el maestro. Y llevan razón. ¿Cómo contesto yo dándoles la razón?, se arma una guerra civil en el pueblo enseguida, y un día los maestros llegan a mi casa como en Fuenteovejuna, con horcas, con palos y hoces. Que estudien un poquito y que se den cuenta de que ese niño necesita escribir una carta a sus padres cuando se vaya a la ciudad y que esa carta tiene que estar bien escrita, con un mínimo de lógica, en vez de saber lo que son los morfemas.

P.:—¿Qué recuerda de su estancia en Mérida, como catedrático de Instituto?

R.:—Tengo muchos recuerdos y muy buenos. Ya no vive casi nadie de la gente que yo traté allí, pero siempre que voy, los pocos que viven voy a verlos. Viven en otros sitios, en casas nuevas, con cuarto de baño, tienen televisor, se visten como cualquier persona de las ciudades y a veces antes que las de las ciudades; pero siguen siendo las mismas gentes, sanas, francotas. Yo me encuentro muy a gusto con ellas.

Además, Mérida es la mejor ciudad del mundo porque tiene una calle con mi nombre.

P.:—¿Podemos decir que la situación cultural de España es mejor ahora que en la época de la 2ª República?

R.:—Eso es muy difícil. Eso es una pregunta que está bien hecha desde el punto de vista de la pequeña escandalera de la prensa, pero es muy molesta y muy mal pensada.

En la 2ª República, como siempre, había gente estupenda y muchos melones sueltos; y eso supone, y a mí me molesta, el dar a priori que toda la gente que ha venido después no ha hecho nada ni se ha esforzado en nada, y es mentira. Ha habido generaciones verdaderamente heroicas que han trabajado a contrapelo, en contra de la administración oficial, marginados, que se sabía que eran «rojillos» y antifranquistas y hoy no se ha acordado nadie de ellos ¡mira qué casualidad!; y en cambio viene un pelagato que ha estado por ahí, que sigue siendo pelagato... Lo que sí había era, y eso se acabó con la postguerra, un afán de renovación extraordinario.

Yo creo, por ejemplo hablando de los maestros, que ha descendido muchísimo la condición del maestro y la condición del profesor. Pero en un paso hacia atrás gigantesco, vamos, una carrera de campeonatos. En cambio, la República pretendió dignificarlos y lo consiguió. Inventó unos planes de estudio y de acceso a las plazas magníficas. Que lo volvieron a descubrir los franquistas en mil novecientos sesenta y muchos; cuestión de velocidades. Hizo la posibilidad de que los maestros fueran a la universidad, que no había existido antes, equiparando el viejo título, que era un título muy mediocre (los maestros sabían muy escasamente que el Tajo nació por ahí, por Teruel, lejos, claro; algunos sabían que pasaba por Toledo). No estudiaban nada de latín; no sabían nada de eso. No sabían donde se había hablado el latín, pensaban que era cosa de curas y se acabó. Pues, a pesar de eso, fueron equiparados con los bachilleres para ir a la universidad.

En fin, una tarea espléndida que habría dado unos magníficos frutos

quince o veinte años después porque habría sido una España totalmente diferente. Eso es lo que a mi me sigue doliendo de lo que fue la estructura franquista, esa vuelta a la imbecilidad.

P.:—*¿Y si hablamos de novela actual?*

R.:—¡De eso no entiendo! Las mejores son las mías, con muchísimo.

Me molesta que escriban tan mal. Hay gente que escribe muy mal, pero bueno, dice cosas que no están tan mal. Pero si la escribiera bien, con más gracia, con más soltura, con más dominio de la lengua... Ahora leemos novelas que no son más que un señor, que de pronto se siente enormemente progre porque cuenta sus relaciones «no sentimentales» con unas cuantas señoritas. ¡Eso tiene de novela lo que yo de arzobispo de Constantinopla! Eso es un almacén de simplezas, que ni los gallos lo cuentan; los gallos son más discretos y fíjate si tienen señoras a su disposición.

P.:—*¿Qué futuro ve para las universidades jóvenes?*

R.:—Yo no soy profeta. He profetizado muchas cosas antes, cuando yo estaba en la oposición. Ahora ya por viejo no estoy en ningún sitio. Yo llegué a decir hasta dónde iban a ocurrir los primeros tiros contra los estudiantes en Madrid, porque me conozco Madrid y sé por donde pueden correr los policías y donde no; y porque he corrido delante de ellos de joven (el que no corre delante de un policía es porque no tiene patas).

Ahora no te puedo decir. Evidentemente el nivel ha descendido una barbaridad y es por eso. No por el profesorado ni cosas así, sino porque la sociedad exige otras cosas. Mira, ahora en el viaje venía hablando de las diferencias gigantescas que encuentro en la carretera, en cualquier lugar. Cuando yo estaba en Mérida había una o dos tabernitas modestas en la travesía; ahora toda la plaza está llena de carteles, de tiendas para turistas y todas esas bobaditas que venden para que el americano pique (y hacen bien, ¡mientras se pueda explotar al cateo!). Tremendamente todo distinto.

Yo tenía un instituto en Mérida que era un viejo palacio del XVIII, donde el bedel tenía vacas; y en el recreo se soltaban las vacas en el patio y todo el mundo, los chiquillos, las toreaba. El primer día que yo vi aquello me subí encima de una vaca ¡poco menos se hunde la estructura! No sé si llegaría al Ministerio la protesta: un catedrático subido en una vaca (y la vaca era idiota, no se movía). Hoy hay un instituto fabuloso, con unos campos de deporte magníficos, muy bien pensado. ¡Hasta tiene libros, fíjate! Entonces era pecado tener libros.

Pues la Universidad tiene que someterse también a ese cambio. Se estudian en la universidad cosas que no responden quizá a las exigencias de

la sociedad. Tendrán que salir adelante, pues, unas facultades de medicina distintas. Hoy la medicina es una ciencia totalmente diferente. Y las facultades, aunque no queramos, son un poco conservadoras. Pues no digamos las ciencias, la cantidad de torturas que ha habido para estudiar la física y la química; ¿qué es eso con lo que hay que estudiar ahora?, pues una disolución casera de sal y agua.

En las letras nos pasa lo mismo. Las letras tienen que convertirse en una especie de felicidad para unas cuantas personas, para la minoría que arrimará el hombre para que los países marchen. Porque en lo demás siempre habrá una interdependencia por encima de las fronteras enorme. La Ley de la Gravedad es para todos, sirios y troyanos. Pero, en cambio, en la literatura... la novela es nuestra y sin Cervantes no se da un paso.

Pero las facultades de letras tendrán que ser de otra manera también, distintas. Y yo las veo además con mucho porvenir porque tendrán poca gente, con vocación firme, decidida. Mientras que la masa seguirá yéndose, como siempre, a los notarios, los registradores, los secretarios de ayuntamiento, los santos funcionarios y esa cosa tan extraña y tan bien considerada, «abogado del Estado» (¡ahí es nada!). En cambio, lo nuestro será algo que tendremos que mirar porque será lo que realmente somos.

P.:—*Entonces ¿ve un buen futuro para las nuevas generaciones de filólogos?*

R.:—Yo creo que una persona que estudia con vocación y que trabaja, tiene siempre un porvenir brillante y seguro. Ahora, si estudia por decir «no me quedo en casa», o porque «tengo un compañero al lado que me gusta»... eso lo puede hacer sin ir a clase.

P.:—*¿Qué piensa hacer cuando se jubile?*

R.:—¡Pues seguir trabajando! Seguir trabajando, que le voy a hacer. A mí no me molesta la jubilación en absoluto. Creo que hay que jubilarse, dejar el paso a los jóvenes ¿Qué hago ahí repitiendo cosas a los chicos? ¡Que lo haga otro! Y yo seguiré, si me dejan (que sí me dejarán porque como no me tienen que pagar), haciendo el curso del doctorado, que es lo que debería hacerse en las facultades, nada más. El trabajo de investigación. Y que el niño estudie por su cuenta, que para eso están los libros y los codos y la experiencia y los amigos.

Y por lo demás, pues me sentiré muy feliz porque estoy cansado, sabes, estoy cansado. Ya he dado muchas clases.

